

Mario Osses

Noticiario

"ALGO PASA EN LAS ALDEAS", de Raúl González Labbé. Ediciones Talamí

La bella modestia del título es una tarjeta de presentación que introduce a la lectura de nueve relatos cuya técnica y consiguiendo son bastante disímiles. Parecen escritos con largas intermitencias, y mientras es dable sorprender en algunos las vacilaciones y los defectos que provienen del sarpullido lírico y el influjo de literatos de contagiosa mecánica, en otros asoman cualidades de primer orden, que aseguran a González Labbé lugar de importancia entre los prosistas de la generación de Oscar Castro y Nicomedes Guzmán.

El primer motivo es *Ahora recuerdo*. Sencillo, expedito; se basa en un puñado de reminiscencias familiares que terminan con desenlace trágico: el asesinato del hermano. Es casi una crónica, y acusa con generosidad las condiciones de narrador.

En *Uxoricidio* hay más dramatismo y hasta mensaje, aunque no se puedan considerar logrados. La truculencia los falsea. No convence ni impresiona el marido psicópata que lee en las noches novelas pingües de cursilería y mata a la cónyuge para no presenciar el agostamiento de la hermosura. Sin embargo, como ocurre siempre con los escritores de verdad, *Uxoricidio* ofrece aciertos parciales, de médula y forma. Bien enfocado el chismorreó del villorio.

Expresiones felices pueden espigarse sin apremio: la señora Isabel teje, y "los palillos, al chocar, producen un ruido semejante a picotazos de pollitos hambrientos"; la misma señora tiene "los ojos crecidos como uvas", y las comadres se comunican el crimen formando "un coro de chicharras insomnes".

Perfil sin Novedades es el más ambicioso y el más endeble. El pecado de la soberbia en literatura impone expiaciones lo mismo que en la vida ordinaria. La historia de una mujer que alimentó un amor incestuoso en su juventud hacia el hermano que muere prematuramente es el fundamento en que se asientan efusiones ripiosas, sentimentaloides, vulgares y retorcidas. Agreguemos el anhelo de filosofar, el empleo de vocablos específicos de psicología y la indomable subjetividad a los diálogos tiesos y artificiosos y estaremos cerca de comprender hasta dónde un artista puede perder el dominio de su oficio por obra y desgracia del enmalezamiento retórico.

La tendencia al conceptismo en este relato se agudiza en frases que a veces no dejan filtrar la luz; el lector pierde pie y zozobra en un mar de divagaciones y de figuras, donde abundan los versos de once, doce, trece y catorce sílabas, que en el discurso se han combatido desde Aristóteles. Pongamos un paradigma de cada metro: "Al hermano que amó con fuerza extraña", "esta anciana de perfil sin novedades", "de usted cuentan cosas que espantan sus amigos", "lo que escribimos nos parece siempre inédito". Predominan los endecasílabos. Traicionan las inclinaciones poéticas de González Labbé, indudablemente desubicadas, inoportunas en el relato.

Ahora el fraseo sentencioso, con metáforas, alegorías y escarceos preciosistas o culteranos que establecen desproporciones entre el estilo y las cosas:

"Un alga sin raíces, viaja con las olas, de la arena al mar, del mar a la arena, eternamente, mientras quede sustancia en sus entrañas, porque no hay alcatraz para ella ni gaviota interesada en sus despojos. Rompe allí una fucsia que oneroso trabajo la formó. Quiebra la voz del ruiseñor que cantó más entonado su romance. Des-hace al hombre que se amó por sobre todo, etc."

El teatralismo o convencionalismo efectista remansa sus alusiones en los paréntesis con que González Labbé —imitando procedimientos de que hoy se abusa— finge el monólogo interior de los personajes.

El cuento *Vaya uno a saber* es una sátira contra dos médicos de aldea. Posee movimiento, pero lo desvirtúa la iterada propensión a la hipérbole.

Desde *Morris, capitán en retiro*, va elevándose la calidad ostensiblemente. Hay manchones de broza, es cierto, formados por los famosos paréntesis soliloquiales, el amor de la caricatura, las ociosas digresiones explicativas y algún otro lunarcillo; pero nos sobrecompensa la habilidad con que trata lo menudo, rutinario, la poesía de la costumbre, las pequeñas ambiciones de un alma metódica y hasta la frescura expresiva de giros ricos y lozanos. ¡Lástima que se anticipe el final y deje la impresión de que la trama se ha contruido de atrás para adelante!

En *Ño Jacinto* vuelven a procurarle caídas la sentimentalidad azucarada, los tópicos y el retorcimiento. Hay dudosa "literatura" en "Creció alto como la mala yerba, y macizo y obstinado como raíz de nogal... la chaquetilla madura de botones blancos como sauce de invierno", "su hijito desbarrancó en la cuesta de la honradez", "los recuerdos con sus alfileres de insomnios", "la vieja manta de indiferencia de los abuelos indios", "las cejas se juntaron más haciendo sombra de montaña a los ojos brillantes como corvo asentado", "estrechó la garganta del viejo con garras de pena", y "áspero como alambre de cierros siguió mintiendo a mordiscos".

El mejor relato es *Páginas de una Vida*, donde describe sus penurias un automóvil Mercedes-Benz, más asendereado que Guzmán de Alfarache y Gil Blas. La riqueza de observaciones y los muy acertados paralelos antropomórficos en tono familiar, desbrozado, directo, contribuyen bastante a su originalidad y simpatía. Curioso. ¿Por qué Raúl González no sigue al pie de la letra el consejo de "don Menche" (apelativo amical del Mercedes-Benz): "Nada es más bello que lo natural, lo espontáneo, lo que nace libre de malas

hierbas sembradas por la inteligencia?" Claro está que, en todo caso, debería decirse "por la inteligencia equivocada".

Son dignos de destacarse también *El Alemán de Cúncaco* y *Pésames*. Aquí está el filón. Cuando se decide por el costumbrismo entre gentes de medio pelo, sea para satirizar sus cursilerías o para sugerir el ámbito de sus vinosas expansiones abdominales, le sobra cañuela, lo mismo que a don Alberto Blest Gana cuando se solaza en los "picholeos" de *El Ideal de un Calavera* o de *Martín Rivas*.

Sumando y restando: Raúl González Labbé es escritor apreciable y maduro en ocasiones, y en todo momento de grandes posibilidades. Vale la pena señalarle deméritos con energía, precisamente porque debemos esperar mucho de su pluma, y tiene que seguir contándonos lo que pasa en las aldeas, que es inagotable e importantísimo. De la aldea salieron *Madame Bovary*, *Tartarín de Taras-cón*, *Don Alonso Quijano, el Bueno* . . .

"COSECHA A SOL Y SOMBRA", poemas de Iris Amanda Ceballos,
"El Heraldo", Valparaíso.

Es un conjunto de versificaciones muy bien intencionadas en que se canta a los vegetales, a la tierra, a ciertos lugares y nombres egregios.

Dice la autora:

*Todos me hablan:
el acacio,
el pimientito,
el chañar;
el parrón oro viejo bruñado
y la higuera borracha de dar . . .*

Sin embargo, el lenguaje en que le hablan no es de celebrar, si hemos de atenernos a la traducción de la poetisa. Veamos;